

Más allá del bien y del mal y La genealogía de la moral

Escuela Zaratustra II



Comentarios a las vidas y obras de Simón Bolívar y Friedrich Nietzsche.

**Sesión 11. Conferencia elaborada por Frank David Bedoya Muñoz.
Presentada en la Casa Museo Otraparte en Envigado el 9 de febrero de 2008.**

* *
*

Mazzino Montinari nos cuenta, cómo la vida de Nietzsche después del Zaratustra no presentaría ningún acontecimiento exterior relevante. Por el contrario, “la marcha hacia la soledad continuaba.”¹ El solitario de Sisl-Maria, seguía cada vez más apartado de aquel mundo que no comprendió su Zaratustra. De hecho escribió en esos días un poema titulado: *Tormento del solitario*. Su incansable necesidad de escribir no paró. Al respecto, Montinari nos sigue relatando, que “si sumamos todas las páginas publicadas entre 1883 y 1887 contaremos alrededor de un millar de páginas impresas; en cambio, los materiales manuscritos no impresos suman unas mil quinientas páginas, sin contar las que se han perdido. [...] Nietzsche se dedicó cada vez más a la única actividad que le permitía «soportar la vida»: escribir.”²

Nietzsche afirmó que el Zaratustra en todo era un *si*, y que ahora había llegado el momento del *no*. Y este *no* se materializó en sus dos nuevas obras: *Más allá del bien y del mal* y *La*

¹ Mazzino Montinari, *Lo que dijo Nietzsche*, Salamandra, 2003, p. 119.

² *Ibíd.*, p. 122.

genealogía de la moral.

Veamos cómo el propio Nietzsche, en su *Ecce Homo* habló de estas nuevas obras.

Sobre *Más allá del bien y del mal* expresó lo siguiente: “La tarea de los años siguientes estaba ya trazada de la manera más rigurosa posible. Después de haber quedado resuelta la parte de mi tarea que dice sí le llegaba el turno a la otra mitad, que dice no, *que hace no*: la transvaloración misma de los valores anteriores, la gran guerra, el conjuro de un día de la decisión. Aquí está incluida la lenta mirada alrededor en busca de seres afines, de seres que desde una situación fuerte me ofrecieran la mano para *aniquilar*. A partir de ese momento todos mis escritos son anzuelos: ¿entenderé yo acaso de pescar con anzuelo mejor que nadie?... Si nada ha *picado*, no es mía la culpa. *Faltaban los peces*... Este libro (1886) es en todo lo esencial una *crítica de la modernidad*, no excluidas las ciencias modernas, las artes modernas, ni siquiera la política moderna, y ofrece a la vez indicaciones de un tipo antitético que es lo menos moderno posible, un tipo aristocrático, un tipo que dice sí. En este último sentido el libro es una escuela del *gentilhomme* [gentilhombre], entendido este concepto de manera más espiritual y *más radical* de lo que nunca hasta ahora lo ha sido. Es necesario tener coraje en el cuerpo aun sólo para soportarlo, es necesario no haber aprendido a tener miedo... Todas las cosas de que nuestra época está orgullosa son sentidas como contradicción respecto a ese tipo, casi como malos modales, así por ejemplo la famosa «objetividad», la «compasión por todos los que sufren», el «sentido histórico» con su servilismo respecto al gusto ajeno, con su arrastrarse ante *petits faits* [hechos pequeños], el «cientificismo». Si se tiene en cuenta que el libro viene después del *Zaratustra*, se adivinará también quizá el régimen [régimen] dietético a que debe su nacimiento. El ojo, malacostumbrado por una enorme coerción a mirar *lejos* -*Zaratustra* ve aún más lejos que el Zar-, es aquí forzado a captar con agudeza lo más cercano, nuestra época, *lo que nos rodea*. Se encontrará en todo el libro, sobre todo también en la forma, idéntico alejamiento voluntario de aquellos instintos que hicieron posible un *Zaratustra*. El refinamiento en la forma, en la intención, en el arte de *callar*, ocupa el primer plano, la psicología es manejada con una dureza y una crueldad declaradas, - el libro carece de toda palabra benévola. Todo esto recrea: ¿quién adivina, en último término, *qué* especie de recreación se hace necesaria tras un derroche tal de bondad como es el *Zaratustra*? Dicho teológicamente, –préstese atención, pues raras veces hablo yo como teólogo– fue Dios mismo quien, al final de su jornada de

trabajo, se tendió bajo el árbol del conocimiento en forma de serpiente: así descansaba de ser Dios... Había hecho todo demasiado bello. El diablo es sencillamente la ociosidad de Dios cada siete días...”³

Y sobre *La genealogía de la moral*, expresó lo siguiente:

“Los tres tratados de que se compone esta *Genealogía* son acaso, en punto a expresión, intención y arte de la sorpresa, lo más inquietante que hasta el momento se ha escrito. Dioniso es también, como se sabe, el dios de las tinieblas. -Siempre hay un comienzo que *debe* inducir a error, un comienzo frío, científico, incluso irónico, intencionadamente situado en primer plano, intencionadamente demorado. Poco a poco, más agitación; relámpagos aislados; desde lejos se hacen oír con un sordo gruñido verdades muy desagradables, hasta que finalmente se alcanza un *tempo feroce* [ritmo feroz], en el que todo empuja hacia adelante con enorme tensión. Al final, cada una de las veces, entre detonaciones completamente horribles, una *nueva* verdad se hace visible entre espesas nubes. La verdad del *primer* tratado es la psicología del cristianismo: el nacimiento del cristianismo del espíritu del resentimiento, *no* del «espíritu», como de ordinario se cree, - un anti-movimiento por su esencia, la gran rebelión contra el dominio de los valores *aristocráticos*. El segundo tratado ofrece la psicología de la *conciencia*: ésta no es, como se cree de ordinario, «la voz de Dios en el hombre», - es el instinto de la crueldad, que revierte hacia atrás cuando ya no puede seguir desahogándose hacia fuera. La crueldad, descubierta aquí por vez primera como uno de los más antiguos trasfondos de la cultura, con el que no es posible dejar de contar. El *tercer* tratado da respuesta a la pregunta de dónde procede el enorme *poder* del ideal ascético, del ideal sacerdotal, a pesar de ser éste el ideal nocivo par *excellence*, una voluntad de final, un ideal de *décadence*. Respuesta: *no* porque Dios esté actuando detrás de los sacerdotes, como se cree de ordinario, sino *faute de mieux* [a falta de algo mejor], porque ha sido hasta ahora el único ideal, porque no ha tenido ningún competidor. «Pues el hombre prefiere querer incluso la nada a no querer»... Sobre todo, faltaba un *contraideal*, - *hasta Zarathustra*. Se me ha entendido. Tres decisivos trabajos preliminares de un psicólogo para una transvaloración de todos los valores. Este libro contiene la primera psicología del

³ Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*, Alianza editorial, 2002, p. 119.

sacerdote.”⁴

Tenemos entonces, después del magnífico *Zarathustra*. Dos obras demoledoras, encargadas de criticar y develar hasta las últimas consecuencias, los supuestos ideales y virtudes en los que se había fundado el mundo moderno. Si alguien le reclamaba al *Zarathustra*, la falta de claridad y la falta de un pensamiento sistemático, ahora Nietzsche le entregaba dos obras, en las que los mismos temas del *Zarathustra*, eran tratados con el rigor, y con la contundencia que muchos filósofos nunca habían logrado escribir. Pero, en lo esencial, encontramos que estas dos obras eran un preludeo de una nueva filosofía, de una *transvaloración de todos los valores*. Concepto último que Nietzsche iría a incorporar en su obra. Nietzsche con su *Zarathustra* se había alejado del mundo judeo-cristiano-católico-democrático occidental. Pero aún falta la obra demoledora necesaria para derrumbar los viejos valores existentes, y poder luego en el futuro, materializar su *transvaloración de todos los valores*. Esta empresa demoledora eran sus *Más allá del bien y del mal* y *La genealogía de la moral*, pero como él mismo expresó, a partir de ese momento todos sus escritos eran anzuelos y además dijo, que si ninguno había picado, no era su culpa pues faltaban los peces. En realidad, estas dos obras eran escritas para unos nuevos filósofos, para espíritus libres, efectivamente faltaban los peces.

Remitámonos un vez más a la magistral obra *Introducción a Nietzsche* de Giorgio Colli, para acercarnos mejor a estas dos obras polémicas. Al referirse al *Más allá del bien y del mal* y *La genealogía de la moral* de Nietzsche Colli expresa de entrada: “Un filósofo, que siente que todavía no se ha realizado plenamente como tal, que ha hablado de los griegos, se ha expresado como psicólogo, moralista, historiador, ha llegado finalmente a la efusión lírica de *Así habló Zarathustra*, pero quiere afirmarse también en el terreno teórico, procura, tal vez directamente con una intención sistemática, legislar sobre los principios de la existencia: ese es el Nietzsche del último período, que con *Más allá del bien y del mal*, comienza precisamente a manifestarse.”⁵ Y más adelante sobre *Más allá del bien y del mal* expresó Colli: “Este libro es ante todo un desafío al cerebro del lector: todos aún sin saberlo se sienten provocados. [...] Cada uno, por cierto, reacciona según su temperamento, y muchos se libran del embarazo arrojando simplemente el libro. Pero muchos no pueden hacerlo,

⁴ *Ibíd.*, p. 121.

⁵ Giorgio Colli, *Introducción a Nietzsche*, Pre-Textos, 2000, P. 137

porque la atracción supera a la repulsión, o porque necesitan de cualquier modo dar su opinión. Y así se engrosa el río de interpretaciones de Nietzsche.”⁶

Conozcamos pues una breve muestra de las ideas de tan controvertidos libros.

Más allá del bien y del mal

En primer lugar quiero compartirles el apartado donde surgen las características de los espíritus libres:

“¿Necesito decir expresamente, después de todo esto, que esos filósofos del futuro serán también espíritus libres, *muy* libres, -con la misma seguridad con que no serán tampoco meros espíritus libres, sino algo más, algo más elevado, más grande y más radicalmente distinto, que no quiere que se lo malentienda ni confunda con otras cosas? Pero al decir esto siento para con ellos, casi con igual fuerza con que lo siento para con nosotros, ¡nosotros que somos sus heraldos y precursores, nosotros los espíritus libres!- el *deber* de disipar y alejar conjuntamente de nosotros un viejo y estúpido prejuicio y malentendido que, cual una niebla, ha vuelto impenetrable durante demasiado tiempo el concepto de «espíritu libre». En todos los países de Europa, y asimismo en América, hay ahora gente que abusa de ese nombre, una especie de espíritus muy estrecha, muy prisionera, muy encadenada, que quieren aproximadamente lo contrario de lo que está en nuestras intenciones e instintos, - para no hablar de que, por lo que respecta a esos filósofos *nuevos* que están emergiendo en el horizonte, ellos tienen que ser ventanas cerradas y puertas con el cerrojo corrido. Para decirlo pronto y mal, *niveladores* es lo que son esos falsamente llamados «espíritus libres»- como esclavos elocuentes y plumíferos que son del gusto democrático y de sus «ideas modernas»: todos ellos son hombres carentes de soledad, de soledad propia, torpes y bravos mozos a los que no se les debe negar ni valor ni costumbres respetables, sólo que son, cabalmente, gente no libre y ridículamente superficial, sobre todo en su tendencia básica a considerar que las formas de la vieja sociedad existente hasta hoy son más o menos la causa de *toda* miseria y fracaso humanos: ¡con lo cual la verdad viene a quedar felizmente cabeza abajo! A lo que ellos querrían aspirar con todas sus fuerzas es a la universal y verde felicidad-prado del rebaño, llena de seguridad, libre de peligro, repleta de

⁶ *Ibid.*, p. 147.

bienestar y de facilidad de vivir para todo el mundo: sus dos canciones y doctrinas más repetidamente canturreadas se llaman «igualdad de derechos» y «compasión con todo lo que sufre» -y el sufrimiento mismo es considerado por ellos como algo que hay que *eliminar*. Nosotros los opuestos a ellos, que hemos abierto nuestros ojos y nuestra conciencia al problema de en qué lugar y de qué modo ha venido hasta hoy la planta «hombre» creciendo de la manera más vigorosa hacia la altura, opinamos que esto ha ocurrido siempre en condiciones opuestas, opinamos que, para que esto se realizase, la peligrosidad de su situación tuvo que aumentar antes de manera gigantesca, que su energía de invención y de simulación (su «espíritu»-) tuvo que desarrollarse, bajo una presión y una coacción prolongadas, hasta convertirse en algo sutil y temerario, que su voluntad de vivir tuvo que intensificarse hasta llegar a la voluntad incondicional de poder: -nosotros opinamos que dureza, violencia, esclavitud, peligro en la calle y en los corazones, ocultación, estoicismo, arte de tentador y diabluras de toda especie, que todo lo malvado, terrible, tiránico, todo lo que de animal rapaz y de serpiente hay en el hombre sirve a la elevación de la especie «hombre» tanto como su contrario:- y cuando decimos tan sólo eso no decimos siquiera bastante, y, en todo caso, con nuestro hablar y nuestro callar en este lugar nos encontramos en el *otro* extremo de toda ideología moderna y de todos los deseos gregarios: ¿siendo sus antípodas acaso? ¿Cómo puede extrañar que nosotros los «espíritus libres» no seamos precisamente los espíritus más comunicativos?, ¿qué no deseemos delatar en todos los aspectos de qué es *de lo que* un espíritu puede liberarse y cuál es el lugar *hacia el que* quizá se vea empujado entonces? Y en lo que se refiere a la peligrosa fórmula «más allá del bien y del mal», con la cual evitamos al menos ser confundidos con otros: nosotros somos algo distinto de los *libres-penseurs, liberi pensatori, Freidenker* [librepensadores], o como les guste denominarse a todos esos bravos abogados de las «ideas modernas». Hemos tenido nuestra casa, o al menos nuestra hospedería, en muchos países del espíritu; hemos escapado una y otra vez de los enmohecidos y agradables rincones en que el amor y el odio preconcebidos, la juventud, la ascendencia, el azar de hombres y libros, e incluso las fatigas de la peregrinación parecían confinarnos; estamos llenos de malicia frente a los halagos de la dependencia que yacen escondidos en los honores, o en el dinero, o en los cargos, o en los arrebatos de los sentidos; incluso estamos agradecidos a la pobreza y a la variable enfermedad, porque siempre nos desasieron de una regla cualquiera y de su «prejuicio», agradecidos a Dios, al diablo, a la oveja y gusano que hay en nosotros, curiosos hasta el vicio, investigadores hasta la crueldad, dotados de dedos sin escrúpulos para asir lo inasible,

de dientes y estómagos para digerir lo indigerible, dispuestos a todo oficio que exija perspicacia y sentidos agudos, prontos a toda osadía, gracias a una sobreabundancia de «voluntad libre», dotados de pre-almas y post-almas en cuyas intenciones últimas no le es fácil penetrar a nadie con su mirada, cargados de pre-razones y post-razones que a ningún pie le es lícito recorrer hasta el final, ocultos bajo los mantos de la luz, conquistadores aunque parezcamos herederos y derrochadores, clasificadores y coleccionadores desde la mañana a la tarde, avaros de nuestras riquezas y de nuestros cajones completamente llenos, parcos en el aprender y olvidar, hábiles en inventar esquemas, orgullosos a veces de tablas de categorías, a veces pedantes, a veces búhos del trabajo, incluso en pleno día; y, si es preciso, incluso espantapájaros, -y hoy es preciso, a saber: en la medida en que nosotros somos los amigos natos, jurados y celosos de la *soledad*, de nuestra propia soledad, la más honda, la más de media noche, la más de medio día:- ¡esa especie de hombres somos nosotros, nosotros los espíritus libres!, ¿y tal vez también vosotros sois algo de eso, -vosotros los que estáis viniendo?, ¿vosotros los *nuevos* filósofos?-"⁷

Espíritus libres. Yo sólo he conocido unos pocos, el propio Nietzsche, Simón Bolívar, Marcel Proust y Fernando González. Yo quisiera ser uno, vaya pretensión... pero aún me faltan pruebas para alcanzar una total independencia de algunas ataduras, que no es del caso aquí mencionar.

En segundo lugar, algunos pensamientos sobre la mujer... y cómo es la controversia que producen, luego de compartirlos. Procuraré no agregar alguna interpretación más.

“Desde el comienzo, nada resulta más extraño, repugnante, hostil en la mujer que la verdad, -su gran arte es la mentira, su máxima preocupación son la apariencia y la belleza. Confesémoslo nosotros los varones: nosotros honramos y amamos en la mujer cabalmente ese arte y ese instinto: nosotros, a quienes las cosas nos resultan más difíciles y que con gusto nos juntamos, para nuestro alivio, con seres bajo cuyas manos, miradas y delicadas tonterías parecennos casi una tontería nuestra seriedad, nuestra gravedad y profundidad. [...] Las mujeres han sido tratadas hasta ahora por los varones como pájaros que, desde una altura cualquiera, han caído desorientados hasta ellos: como algo más fino, más frágil, más

⁷ Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Alianza editorial, 2000, p. 72.

salvaje, más prodigioso, más dulce, más lleno de alma,- como algo que hay que encerrar para que no se escape volando. [...] Esto es lo que hoy ocurre: ¡no nos engañemos sobre ello! En todos los lugares en que el espíritu industrial obtiene la victoria sobre el espíritu militar y aristocrático la mujer aspira ahora a la independencia económica y jurídica de un dependiente de comercio: «la mujer como dependiente de comercio» se halla a la puerta de la moderna sociedad que está formándose. En la medida en que de ese modo se posesiona de nuevos derechos e intenta convertirse en «señor» e inscribe el «progreso» de la mujer en sus banderas y banderitas, en esa misma medida acontece, con terrible claridad, lo contrario: *la mujer retrocede*. Desde la Revolución francesa el influjo de la mujer ha *disminuido* en Europa en la medida en que ha crecido en derechos y exigencias; y la «emancipación de la mujer», en la medida en que es pedida y promovida por las propias mujeres (y no sólo por cretinos masculinos), resulta ser de ese modo un síntoma notabilísimo de la debilitación y el embotamiento crecientes de los más femeninos de todos los instintos. Hay *estupidez* en ese movimiento, una estupidez casi masculina, de la cual una mujer bien constituida -que es siempre una mujer inteligente- tendría que avergonzarse de raíz. Perder el olfato para percibir cuál es el terreno en que con más seguridad se obtiene la victoria; desatender la ejercitación en nuestro auténtico arte de las armas; dejarse ir ante el varón, tal vez incluso «hasta el libro», en lugar de observar, como antes, una disciplina y una sutil y astuta humildad; trabajar, con virtuoso atrevimiento, contra la fe del varón en un ideal radicalmente distinto *encubierto* en la mujer, en lo eterna y necesariamente femenino; disuadir al varón, de manera expresa y locuaz, de que la mujer tiene que ser mantenida, cuidada, protegida, tratada con indulgencia, cual un animal doméstico bastante delicado, extrañamente salvaje y, a menudo, agradable. [...] Lo que en la mujer infunde respeto y, con bastante frecuencia, temor es *su naturaleza*, la cual es «más natural» que la del varón, su elasticidad genuina y astuta, como de animal de presa, su garra de tigre bajo el guante, su ingenuidad en el egoísmo, su ineducabilidad y su interno salvajismo, el carácter inaprensible, amplio, errabundo de sus apetitos y virtudes... Lo que, pese a todo el miedo, hace tener compasión de ese peligroso y bello gato que es la «mujer» es el hecho de que aparezca más doliente, más vulnerable, más necesitada de amor y más condenada al desengaño que ningún otro animal. Miedo y compasión: con estos sentimientos se ha enfrentado hasta ahora el varón a la mujer, siempre con un pie ya en la tragedia, la cual desgarrar en la medida en que

embelesa - ¿Cómo? ¿Y estará acabando esto ahora? ¿Y se trabaja para *desencantar* a la mujer? ¿Aparece lentamente en el horizonte la aburridificación de la mujer?”⁸

En tercer lugar, una caracterización del ideal aristocrático, y que es el que, sin lugar a dudas, caracterizó a Simón Bolívar.

“Vivir con una dejadez inmensa y orgullosa; siempre más allá. - Tener y no tener, a voluntad, afectos propios, pros y contras propios, condescender con ellos, por horas; *montarnos* sobre ellos como sobre caballos, a menudo como sobre asnos :- hay que saber aprovechar, en efecto, tanto su estupidez como su fuego. Reservarnos nuestras trescientas razones delanteras, también las gafas negras: pues hay casos en los que a nadie le es lícito mirarnos a los ojos y aún menos a nuestros «fondos». Y elegir como compañía ese vicio granuja y jovial, la cortesía. Y permanecer dueños de nuestras cuatro virtudes: el valor, la lucidez, la simpatía, la soledad. Pues la soledad es en nosotros una virtud, por cuanto constituye una inclinación y un impulso sublimes a la limpieza, los cuales adivinan que en el contacto entre hombre y hombre -«en sociedad»- las cosas tienen que ocurrir de una manera inevitablemente sucia. Toda comunidad nos hace de alguna manera, en algún lugar, alguna vez - «vulgares».”⁹

Subrayo, las cuatro virtudes de un aristócrata: el valor, la lucidez, la simpatía, y la soledad.

En cuarto y último lugar, una caracterización de un filósofo, que es la que sin lugar a dudas, caracterizó por ejemplo, a Fernando González.

“Un filósofo: es un hombre que constantemente vive, ve, oye, sospecha, espera, sueña cosas extraordinarias; alguien al que sus propios pensamientos golpean como desde fuera, como desde arriba y desde abajo, constituyendo su especie peculiar de acontecimientos y rayos; acaso él mismo sea una tormenta que camina grávida de nuevos rayos; un hombre fatal, rodeado siempre de truenos y gruñidos y aullidos y acontecimientos inquietantes. Un filósofo: ay, un ser que con frecuencia huye de sí mismo, que con frecuencia se tiene miedo a sí

⁸ *Ibíd.*, p. 194.

⁹ *Ibíd.*, p. 261.

mismo, - pero que es demasiado curioso para no «volver a sí mismo» una y otra vez...”¹⁰

La genealogía de la moral

En primer lugar, ¿por qué una genealogía?

“Necesitamos una *crítica* de los valores morales, *hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores* –, para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias de que aquéllos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron (la moral como consecuencia, como síntoma, como máscara, como tartufería, como enfermedad, como malentendido; pero también la moral como causa, como medicina, como estímulo, como freno, como veneno), un conocimiento que hasta ahora ni ha existido ni tampoco se lo ha siquiera deseado. Se tomaba el valor de esos «valores» como algo dado, real y efectivo, situado más allá de toda duda; hasta ahora no se ha dudado ni vacilado lo más mínimo en considerar que el «bueno» es superior en valor a «el malvado», superior en valor en el sentido de ser favorable, útil, provechoso para *el* hombre como tal (incluido el futuro del hombre). ¿Qué ocurriría si la verdad fuera lo contrario? ¿Qué ocurriría si en el «bueno» hubiese también un síntoma de retroceso, y asimismo un peligro, una seducción, un veneno, un narcótico, y que *por causa* de esto el presente viviese tal vez *a costa del futuro*? ¿Viviese quizá de manera más cómoda, menos peligrosa, pero también con un estilo inferior, de modo más bajo?... ¿De tal manera que justamente la moral fuese culpable de que jamás se alcanzasen *una potencialidad y una magnificencia sumas*, en sí posibles, del tipo hombre? ¿De tal manera que justamente la moral fuese el peligro de los peligros?...”¹¹

En segundo lugar la denuncia de la moral judeo-cristiana:

“Los juicios de valor caballeresco–aristocráticos tienen como presupuesto una constitución física poderosa, una salud floreciente, rica, incluso desbordante, junto con lo que condiciona el mantenimiento de la misma, es decir, la guerra, las aventuras, la caza, la danza, las peleas y, en general, todo lo que la actividad fuerte, libre, regocijada lleva consigo. La manera noble-sacerdotal de valorar tiene -lo hemos visto- otros presupuestos: ¡las cosas les van muy mal

¹⁰ *Ibíd.*, p. 265.

¹¹ Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Alianza editorial, 1997, p. 28.

cuando aparece la guerra! Los sacerdotes son, como es sabido, los *enemigos más malvados* –¿por qué? Porque son los más impotentes. A causa de esa impotencia el odio crece en ellos hasta convertirse en algo monstruoso y siniestro, en lo más espiritual y más venenoso. Los máximos odiadores de la historia universal, también los odiadores más ricos de espíritu, han sido siempre sacerdotes. [...] Han sido los judíos los que, con una consecuencia lógica aterradora, se han atrevido a invertir la identificación aristocrática de los valores (bueno = noble = poderoso = bello = feliz = amado de Dios) y han mantenido con los dientes del odio más abismal (el odio de la impotencia) esa inversión, a saber, «¡los miserables son los buenos; los pobres, los impotentes, los bajos son los únicos buenos; los que sufren, los indigentes, los enfermos, los deformes son también los únicos piadosos, los únicos benditos de Dios, únicamente para ellos existe bienaventuranza, – en cambio vosotros, vosotros los nobles y violentos, vosotros sois, por toda la eternidad, los malvados, los crueles, los lascivos, los insaciables, los ateos, y vosotros seréis también eternamente los desventurados, los malditos y condenados!...» Se sabe *quien* ha recogido la herencia de esa transvaloración judía...”¹²

En tercer lugar, siguiendo este orden de ideas, “Roma contra Judea, Judea contra Roma.”

“Los dos valores *contrapuestos* «bueno y malo», «bueno y malvado», han sostenido en la tierra urea lucha terrible, que ha durado milenios; y aunque es muy cierto que el segundo valor hace mucho tiempo que ha prevalecido, no faltan, sin embargo, tampoco ahora lugares en los que se continúa librando esa lucha, no decidida aún. Incluso podría decirse que entre tanto la lucha ha sido llevada cada vez más hacia arriba y que, precisamente por ello, se ha vuelto cada vez más profunda, cada vez más espiritual: de modo que hoy quizá no exista indicio más decisivo de la «*naturaleza superior*», de una naturaleza más espiritual, que estar escindido en aquel sentido y que ser realmente todavía un lugar de batalla de aquellas antítesis. El símbolo de esa lucha, escrito en caracteres que han permanecido hasta ahora legibles a lo largo de la historia entera de la humanidad, dice «Roma contra Judea, Judea contra Roma»: - hasta ahora no ha habido acontecimiento más grande que *esta* lucha, que este planteamiento del problema, que *esta* contradicción de enemigos mortales. Roma veía en el judío algo así como la antinaturaleza misma, como su *monstrum* [monstruo] antipódico,

¹² *Ibíd.*, p. 45.

si cabe la expresión; en Roma se consideraba al judío «*convicto* de odio contra todo el género humano»: con razón, en la medida en que hay derecho a vincular la salvación y el futuro del género humano al dominio incondicional de los valores aristocráticos, de los valores romanos. ¿Qué es lo que los judíos sentían, en cambio, contra Roma? Se lo adivina por mil indicios; pero basta con traer una vez más a la memoria el *Apocalipsis* de Juan, la más salvaje de todas las invectivas escritas que la venganza tiene sobre su conciencia. (Por otro lado, no se infravalore la profunda consecuencia lógica del instinto cristiano al escribir cabalmente sobre este libro del odio el nombre del discípulo del amor, del mismo a quien atribuyó aquel Evangelio enamorado y entusiasta –: aquí se esconde un poco de verdad, por muy grande que haya sido también la falsificación literaria precisa para lograr esa finalidad.) Los romanos eran, en efecto, los fuertes y los nobles; en tal grado lo eran que hasta ahora no ha habido en la tierra hombres más fuertes ni más nobles, y ni siquiera se los ha soñado nunca; toda reliquia de ellos, toda inscripción suya produce éxtasis, presuponiendo que se adivine *qué* es lo que allí escribe. Los judíos eran, en cambio, el pueblo sacerdotal del resentimiento *par excellence*, en el que habitaba una genialidad popular–moral sin igual: basta comparar los pueblos de cualidades análogas, por ejemplo, los chinos o los alemanes, con los judíos, para comprender qué es de primer rango y qué es de quinto. ¿Quién de ellos ha *vencido* entre tanto, Roma o Judea? No hay, desde luego, la más mínima duda: considérese ante quién se inclinan hoy los hombres, en la misma Roma, como ante la síntesis de todos los valores supremos, – y no sólo en Roma, sino casi en media tierra, en todos los lugares en que el hombre se ha vuelto manso o quiere volverse manso, – ante *tres judíos*, como es sabido, y *una judía* (ante Jesús de Nazaret, el pescador Pedro, el tejedor de alfombras Pablo, y la madre del mencionado Jesús, de nombre María). Esto es muy digno de atención: Roma ha sucumbido, sin ninguna duda. De todos modos, hubo en el Renacimiento una espléndida e inquietante resurrección del ideal clásico, de la manera noble de valorar todas las cosas: Roma misma se movió, como un muerto aparente que abre los ojos, bajo la presión de la nueva Roma, la Roma judaizada, construida sobre ella, la cual ofrecía el aspecto de una sinagoga ecuménica y se llamaba «Iglesia»; pero en seguida volvió a triunfar Judea, gracias a aquel movimiento radicalmente plebeyo (alemán e inglés) de resentimiento al que se da el nombre de Reforma protestante, añadiendo lo que de él tenía que seguirse, el restablecimiento de la Iglesia, – el restablecimiento también de la vieja quietud sepulcral de la Roma clásico. En un sentido más decisivo incluso y más profundo que en la Reforma protestante, Judea volvió a vencer otra vez sobre el ideal clásico con la Revolución francesa:

la última nobleza política que había en Europa, la de los siglos XVII y XVIII *franceses*, sucumbió bajo los instintos populares del resentimiento –¡jamás se escuchó en la tierra un júbilo más grande, un entusiasmo más clamoroso! Es cierto que en medio de todo ello ocurrió lo más tremendo, lo más inesperado: el ideal antiguo mismo apareció *en carne y hueso*, y con un esplendor inaudito, ante los ojos y la conciencia de la humanidad, – ¡y una vez más, frente a la vieja y mendaz consigna del resentimiento que habla del *primado de los más*, frente a la voluntad de descenso, de rebajamiento, de nivelación, de hundimiento y crepúsculo del hombre, resonó más fuerte, más simple, más penetrante que nunca la terrible y fascinante anti–consigna del *primado de los menos*! Como una última indicación del *otro* camino apareció Napoleón, el hombre más singular y más tardíamente nacido que haya existido nunca, y en él, encarnado en él, el problema del *ideal noble en sí* - reflexiónese bien en *qué* problema es éste: Napoleón, esa síntesis de *inhumanidad y superhombre* ...”¹³

Nietzsche pensaba en Napoleón, pero yo creo que aquí he dado pruebas, de que nosotros podemos pensar en Bolívar, como un tipo de hombre elevado, que parecía ser hijo de la aristocrática roma antigua, pero con su sangre americana.

En cuarto y último lugar, el asunto de la *mala conciencia*.

“Yo considero que la mala conciencia es la profunda dolencia a que tenía que sucumbir el hombre bajo la presión de aquella modificación, la más radical de todas las experimentadas por él, de aquella modificación ocurrida cuando el hombre se encontró definitivamente encerrado en el sortilegio de la sociedad y de la paz. [...] Pero con ella se había introducido la dolencia más grande, la más siniestra, una dolencia de la que la humanidad no se ha curado hasta hoy, el sufrimiento del hombre *por el hombre, por sí mismo*.”¹⁴

En este punto, me parece fundamental el análisis de Andrés Sánchez Pascual, sobre el apartado anterior. Dice: “Nietzsche considera asimismo que los dioses deben su origen a este sentimiento de deuda, de culpa. [...] Por eso, dice Nietzsche, el ateísmo consiste en no tener deudas con los dioses; [el ateísmo] es una segunda inocencia.”¹⁵

¹³ *Ibíd.*, p. 67.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 108.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 13.

Habría pues que acabar las deudas que nos impuso el cristianismo, habría que conocer la genealogía de la moral que nos ha cruzado, para iniciar el camino de una *Transvaloración de todos los valores*. Habría, pues, que comenzar a vivir “*más allá del bien y del mal*”.